

## **El calentamiento global: los límites de nuestro futuro**

**Alfredo Acle Tomasini©**

Seríamos miopes, si pensáramos que el debate sobre calentamiento de la tierra es una cuestión limitada a temas ambientales, por lo que el problema se reduce a que todas las naciones, en particular las más avanzadas quienes producen la mayor contaminación, se pongan de acuerdo en regular y reducir todo aquello que daña el ambiente, y ya está; asunto resuelto. A esta visión simplista y adormecedora, añadiríamos nuestra fe ciega en el desarrollo tecnológico, que nos hace verlo como un moderno dios omnipotente, capaz de salvarnos de cualquier infortunio.

Pero, el calentamiento de la tierra pone sobre el tapete de las discusiones un asunto de mayor profundidad y trascendencia, y que se refiere a valorar la viabilidad del modelo de crecimiento que sigue la mayoría de las naciones, en cuanto que en verdad sirva para alcanzar niveles de bienestar que beneficien a la mayoría de su población y sean sostenibles.

Hagámonos una pregunta simple: ¿Es factible que el ciudadano medio del mundo alcance el nivel de consumo que actualmente tiene el estadounidense promedio? La respuesta es claramente negativa; no existen en el mundo los recursos naturales que se requerirían para eso, y aunque los hubiera, el impacto ambiental que ello ocasionaría sería imposible de absorber.

Éste fue en esencia el planteamiento que en 1972 hizo el Club de Roma – un foro integrado por estadistas, científicos y empresarios, que desde 1970 se ha dedicado a estudiar y debatir sobre la problemática mundial - al publicar su informe sobre “Los Límites del Crecimiento”, cuya tesis central es que éste, tarde o temprano, estará restringido por la disponibilidad de recursos naturales y por la incapacidad del planeta para asimilar la contaminación asociada a su consumo y transformación industrial.

En aquel entonces, y sobretodo, si consideramos que el mundo había vivido más de veinte años de crecimiento sostenido desde el fin de la Segunda Guerra, un planteamiento de esa naturaleza fue motivo de controversia e incredulidad. Los países en vías de desarrollo sintieron que sus esfuerzos por industrializarse podían verse amenazados. Se dijo, que el informe subestimaba el avance tecnológico, y se le caricaturizó como una nueva versión del presagio que en 1798 hizo Malthus, cuando en su “Ensayo sobre el Principio de la Población” preveía que el diferencial entre la tasas de crecimiento de la población y de la producción de alimentos provocarían, inevitablemente, catástrofes y miseria.

Pero las revisiones de ese trabajo realizadas a los veinte y treinta años de su publicación sólo han confirmado que cada vez nos adentramos a un territorio donde está en creciente duda, que tan sostenible es el desarrollo, y a la vez han cuestionado la efectividad que para este fin tienen la tecnología y el mercado, dado que ambos, en su calidad de herramientas de la sociedad, terminan por subordinarse a los objetivos de ésta. Así, si sus propósitos implícitos son, desde una visión cortoplacista, la explotación de la naturaleza para beneficio de una elite, el desarrollo tecnológico y el funcionamiento del mercado no harán más que dañar el ambiente, beneficiar a unos cuantos y maximizar las ganancias en el corto plazo.

Peor aún, ahora sabemos, y esto era impensable en los setentas cuando suponíamos que aire, mar y tierra eran basureros de capacidad infinita, que la actividad acumulada del hombre durante los últimos 250 años ha causado daños importantes al medio ambiente y que esto viene ocurriendo a tasas más aceleradas, como recién lo confirmó el Panel Intergubernamental sobre el Cambio Climático.

¿Puede el mexicano promedio vivir como el estadounidense medio? La respuesta es obvia: no. Entonces ¿Por qué, pese a lo limitado de nuestros recursos, nos empeñamos en seguir corriendo mecánicamente detrás de algo que para la enorme mayoría es un espejismo? ¿Tiene sentido seguir desperdiciando lo poco que tenemos, en lugar de buscar cómo optimizarlo? Un ejemplo: ¿Carreteras o ferrocarriles?

Las razones del cambio climático nos obligan como nación, a corresponsabilizarnos con otras de su solución, pero también nos deben llevar a meditar profundamente, cuál es la orientación que le debemos dar al desarrollo del país con base en los recursos disponibles, conscientes de que como generación transitoria, no somos sus dueños, y en cambio, si tenemos la responsabilidad moral de administrarlos en beneficio de quiénes nos sucedan, para que entonces ellos hagan lo mismo.